



UNIVERSIDAD DE
COSTA RICA

Escuela de Historia
Centro de Investigaciones Históricas de América Central
Postgrado Centroamericano en Historia
Número especial de Diálogos. Revista electrónica de Historia



X 9° CONGRESO
CENTROAMERICANO
DE HISTORIA
Universidad de Costa Rica

ISSN 1409- 469X

Fecha de recepción: 15 de mayo 2008
Fecha de aceptación: 30 de mayo 2008

**Impacto urbano y arquitectónico en la relación tradición/
modernidad, de las obras proyectadas por los Ingenieros
militares en Santiago de Cuba (1788 a 1883).**

Miembros del Consejo Editorial:
Dr. Ronny Viales, Dr. Juan José Marín

Editores Técnicos:
Allan Fonseca, Andrés Cruz, Gabriela Soto



www.novenocongreso.fcs.ucr.ac.cr



Impacto urbano y arquitectónico en la relación tradición/modernidad, de las obras proyectadas por los Ingenieros militares en Santiago de Cuba (1788 a 1883). Importancia de este trabajo en el rescate patrimonial de las obras construidas.

Rosa Irina Landrove Norman.

Correo electrónico: irina@cubaescena.cult.cu

Afiliación Institucional:

Consejo Nacional de las Artes Escénicas.

Universidad de La Habana

(Facultad de Artes y Letras)

Introducción:

Segunda ciudad en importancia de Cuba, centro del proceso inicial de la colonización, capital cubana del Caribe, Santiago fue la séptima Villa fundada en la isla de Cuba en el verano de 1515, cuando el conquistador Diego Velázquez de Cuéllar la recorría en su afán colonizador. La decisión sobre su fundación se fundamentó en la estratégica posición con respecto a los dominios españoles en América en aquel entonces, y el estar dotada de una amplia y protegida bahía.

Organizar el hecho fundacional significó entonces designar y fijar emplazamiento para los poderes representativos en lo civil, militar y religioso. Resultó así, que para aquellos tiempos el no tan conocido Hernán Cortés, fuera elegido como primer Alcalde de la Villa, asunto que evidentemente no atrajo demasiado el interés de aquel, que ya tenía definidas otras aspiraciones con un vuelo mayor: continuar la campaña conquistadora en Tierra Firme.

El trazado de la ciudad nos regala una retícula cuyos ejes viales se orientan en aproximación norte-sur y este-oeste. La geometría original de la traza y sus sucesivas adecuaciones y modificaciones entregaron una diversidad de comportamientos que van desde las calles anchas hasta las callejuelas y callejones.

El crecimiento de la ciudad colonial podemos evidenciarlo a través de la evaluación de la cartografía histórica que ha llegado hasta nosotros. Los planos conocidos de los siglos XVI y XVII en realidad brindan un imaginario de la ciudad, presentándola rodeada de grandes murallas que nunca tuvo y otros la muestran como un simple conglomerado ideal de construcciones y calles.

El primer plano de Santiago de Cuba que permite estudiar un comportamiento urbanístico, es el realizado en 1712 por Joseph del Monte y Messa, teniente ingeniero militar; en el que el trazado de la ciudad es reconocible, al igual que resultan evaluables algunos aspectos de su estructura y tipología. En 1751 Balthazar Días de Priego, agrimensor público de esta ciudad, realiza un plano detallado de la misma, que puede considerarse el más completo y acabado que como fuente informativa poseemos del siglo XVIII.

Al cumplirse la primera mitad del siglo XIX, la ciudad logra extenderse considerablemente, casi duplicando su área ocupada y población. Es bueno señalar en este período, se produce un monto importante de inmigración franco-haitiana que alcanzó valores significativos.

En este siglo tienen lugar importantes transformaciones en las ciudades cubanas provocadas por los cambios de la estructura socioeconómica que modifican los medios y modos de las

vinculaciones territoriales, la composición cuantitativa y cualitativa demográfica; provocan el surgimiento de nuevos centros urbanos y la modificación y ensanche de los antiguos con la consiguiente modernización de las ciudades por la inserción de nuevas facilidades tecnológicas y la reestructuración funcional de las mismas. Dichos procesos fueron en gran medida protagonizados por Ingenieros Militares, figuras que habrán de jugar un decisivo rol en la arquitectura civil de la decimonovena centuria y cuya ejecutoria ha sido débilmente significada.

De los análisis de las diferentes etapas del período colonial, se concluye que el crecimiento de la ciudad se realizó a modo de anillos concéntricos extendidos, partiendo de aceptar que la velocidad de extensión no fue constante y estuvo muy ligada a los períodos de prosperidad económica y al monto de las migraciones acaecidas.

Una condición dependiente de la tipología urbanística fue el uso de los patios interiores, solución eficiente a las condicionantes climáticas locales que no sólo resolvió la ventilación cruzada, la iluminación y el espacio verde, sino que además brindó junto a los inclinados techos, el depósito natural de las aguas llovedizas, imprescindibles en un núcleo que tardó varios siglos en tener su acueducto, cuestiones dadas entre otras por contradicciones entre las figuras más importantes de la ciudad en cuestión. Por lo que encontraremos varios planos del mismo, para finalmente realizar el menos esperado.

La estructura funcional de la ciudad fue definiéndose lentamente hasta llegar a presentarse claramente en el siglo XIX. Esta quedó conformada por un sistema de centros, en el que se sumaron las plazas y las calles comerciales-administrativas. Esta zona principal de centralidad, determinó un eje prácticamente simétrico que dividió al núcleo en dos grandes áreas de hábitat, completándose la estructura definitiva con el sector de almacenes y pequeñas industrias, vinculado a la actividad portuaria.

La arquitectura traída por los conquistadores fue adaptándose a las nuevas y específicas condiciones, hasta dar soluciones propias en la contradicción vínculo, oposición e integración entre la tradición arquitectónica local y la acción académica de los Ingenieros Militares. Este proceso dio lugar a una arquitectura criolla de fuerte raíz morisca, cuya esencia técnica-constructiva recorrió toda la etapa colonial, dejándose influir luego por la impronta de lo barroco y lo neoclásico en un lenguaje realmente popular.

Desarrollo:

Santiago de Cuba es una extraordinaria urbe apenas develada en sus esencias íntimas, dado el complejo proceso de su configuración física y el diverso espectro de su integración social. Sobre sus etapas tempranas hay grandes vacíos de interpretación. Pero está probado históricamente que después de la destrucción de la ciudad en 1662 y la reorganización urbana propugnada por los proyectos presentados por el ingeniero militar Juan de Císcara,¹ Santiago crece tal se aprecia en planos de la primera mitad del siglo XVIII, en los que se advierte la enorme extensión urbana alcanzada a mediados del siglo (el del ingeniero criollo, uno de los primeros del país, Baltasar Diez de Priego de 1751 es un buen testimonio) y la envergadura de sus edificaciones, muchas de dos niveles. Sin embargo, en 1766 la ciudad fue víctima de un sismo de gran intensidad que destruyó la mayoría de sus edificaciones. Casi en ruinas, mal devino en los siguientes años hasta el de 1788, en que asume el gobierno el coronel Juan Bautista Vaillant Berthier, introductor de las ideas de renovación urbana y social preconizadas por la Ilustración.

Desde mucho antes era evidente “el atraso” de Santiago con respecto a La Habana, fenómeno similar al de La Habana con respecto a Madrid. Pero lo peculiar en Santiago fue el arraigo, la defensa de la tradición vernácula, en oposición a las ideas de renovación, que mantendrá en disputa la historia de la arquitectura y el urbanismo, de esta hermosa ciudad durante el siglo XIX. Los que defendieron la tradición se apoyaron en la capacidad de los muros de cuje, para soportar las sacudidas de los terremotos; los que defendieron la renovación arquitectónica -de suyo bajo el imperio del neoclasicismo- argumentaron la fácil combustión de los materiales vegetales y, por consecuencia el peligro constante de devastadores incendios, como el que destruyó el barrio de La Marina a principios del XIX. Santiago, por tanto, se desenvuelve en lo arquitectónico entre dos tendencias opuestas: la preconizada por los “prácticos”, la defendida por los “facultativos” de lo que derivaría el peculiar “sabor” de esta pintoresca ciudad y refleja, en grado extremo, un conflicto esencial a la época, en toda la Isla.

Los protagonistas de este “duelo” son los constructores, alarifes, albañiles y artesanos, formados en los gremios, en los que persisten tradiciones transmitidas de generación en generación

1 El apellido de Císcara aparece registrado indistintamente con S o C en la documentación de la época. Fue uno de los más notables ingenieros militares del siglo XVII al que se le debe, entre otras intervenciones importantes, la remodelación de la ciudad y fortificaciones de Santiago de Cuba, el plan definitivo de las murallas de La Habana y la propuesta de planta para la fundación de la ciudad de Matanzas. Véase: Manuel Pérez-Beato: **Archivo de Indias. Ingenieros cubanos siglos XVI, XVII y XVIII**. Ediciones del Archivo Histórico Pérez Beato, Habana, MCMXLI.

y los formados en escuelas, academias, con instrucción letrada. Dentro de los segundos, fue relevante y decisivo el papel de los ingenieros militares, que en la época hicieron las veces de ingenieros civiles, por asumir la mayoría de los proyectos oficiales en cuanto a intervenciones puntuales —edificios dados— y a escala de ciudad: los ensanches, remodelaciones de los espacios públicos, de los puertos, las redes y numerosas obras de disímiles funciones. También fueron los que diseñaron los medios de interrelación con los territorios circundantes: caminos, líneas de ferrocarril, puentes, etc. Participaron, además, en estos trabajos individuos de formación imprecisa, a veces denominados “maestros de arquitectura”, no vinculados necesariamente a los militares, aunque en muchos casos formados bajo la incidencia de éstos. En la segunda mitad del siglo XIX, aparecen los graduados en escuelas técnicas y profesionales en La Habana o en el extranjero.

La incidencia de unos y otros ha quedado plasmada en, primer lugar, en la propia ciudad. Pero también en los mapas y planos elaborados para la realización de los proyectos urbanos y arquitectónicos, de los cuales se pueden inferir tres importantes aspectos:

El impacto concreto en la ciudad del ideario renovador de la Ilustración.

- 1. La base conceptual de dicho ideario y su ajuste a una situación concreta.**
- 2. El diálogo entre lo tradicional y lo innovador en la Santiago del siglo XIX como sello de su identidad.²**

Los mapas y planos sobre Santiago de Cuba existentes en el archivo de Santiago de Cuba y en archivos extranjeros, han sido estudiados y en parte publicados. Pero los del Archivo Nacional de Cuba, la Biblioteca Nacional José Martí y el Archivo del Museo de los Capitanes Generales se desconocen, lo que representa un vacío importante para la cabal comprensión del proceso arquitectónico y urbano de la ciudad.

La importancia de estas fuentes para la comprensión de la cultura arquitectónica y urbana santiaguera y, por extensión, cubana del siglo XIX, puede ser ilustrada con los proyectos presentados para la erección de la aduana, uno presentado por el “maestro de arquitectura” Juan Francisco Soler y el otro por el ingeniero militar Pedro Abad Villarreal, uno de los más renombrados del siglo XIX cubano (Ver Anexo). El abismo estético y conceptual entre una y

2 Insistimos en la complejidad identitaria de Santiago de Cuba. Lo aludido sería una de las aristas que le otorgan especificidad a Santiago de Cuba, sobre la que actúan en el siglo XIX y en el XX otras incidencias de las que derivan, en su conjunto, el sentido de esta ciudad. El análisis de las incidencias aludidas exceden, obviamente, los propósitos del presente estudio.

otra propuesta, da la medida del choque entre dos mentalidades casi opuestas. Lo a dilucidar es, precisamente, cual fue el impacto de dicho conflicto sobre la ciudad.

El estudio abarca el período comprendido entre el gobierno de Vaillant, momento en que se da inicio a la modernización de Santiago de Cuba y el último plano realizado durante el período colonial, firmado por el sargento del batallón de cazadores Manuel V. Jiménez Marín, ilustrado con grabados que sintetizan la fabricación de los principales edificios civiles de la ciudad y la transformación de algunos de los antiguos: Iglesia de la Trinidad, Hospital Militar, Torre de palomas mensajeras, Muelle Real y Capitanía del Puerto, Gasómetro, Matadero, Catedral, cuartel de la Reina Mercedes, iglesia de Dolores, Real Casa de Beneficencia, Paradero y almacenes de ferrocarril y la casa de gobierno y ayuntamiento. Dicho plano revela, además, el ámbito de la ciudad colonial, lo que representa el límite territorial del estudio.

La construcción en toda Cuba de manera general, hasta el siglo XVIII y gran parte del XIX había estado en manos de los Ingenieros Militares, monjes constructores, maestros de obras y escasos arquitectos. Los ingenieros encargados del proyecto y dirección de las obras de fortificación, importantes para el imperio español fueron los profesionales de más capacidad, los monjes constructores eran de mediana calidad. Ingenieros ingleses y norteamericanos fueron los proyectistas y constructores de las obras industriales e ingenieros españoles proyectaron las obras públicas y algunas domésticas. Para los palacios y edificios de importancia, como los teatros, se buscaron los servicios de ingenieros o arquitectos de cierta valía, italianos, franceses y españoles. Pero en realidad la enseñanza de la ingeniería o la arquitectura no llegó a organizarse en la colonia cubana. Solamente hubo las llamadas escuelas generales preparatorias o profesionales, donde se obtenía un título de maestros de obras que para convertirlo en el de arquitecto debía ser revalidado en la Escuela de Bellas Artes de Madrid.

Entre los siglos XVII y XIX, un grupo de ingenieros militares españoles, italianos y cubanos trabajaron en la construcción de una de las fortalezas más importantes del Caribe, considerado como el mayor y más completo ejemplo de ingeniería militar renacentista europea aplicada en las condiciones de esta zona geográfica.

El Castillo San Pedro de la Roca, declarado Patrimonio de la Humanidad en 1997 por la UNESCO. Ubicado frente al Caribe, en pleno centro histórico de Santiago de Cuba, defendiendo la bocana oriental de la bahía de esta ciudad, el castillo del Morro, como se conoce familiarmente a la fortaleza de San Pedro de la Roca del Morro, es uno de los símbolos del país. Esta fortaleza forma

un complejo de cañones y bastiones, baterías, almacenes y todo tipo de dependencias militares. Su principal diseñador y arquitecto fue el famoso ingeniero militar italiano Juan Bautista Antonelli, responsable en años anteriores de los trabajos de fortificación de San Cristóbal de La Habana. Según las tradiciones, la propuesta para la edificación de la obra partió del entonces gobernador de ese territorio, Pedro de la Roca y Borja, de quién tomó el nombre la fortaleza, y los trabajos comenzaron hacia finales del siglo XVI. El Morro constituye una riqueza arquitectónica de gran valor estético e histórico. En sus gruesos muros, torres y murallas se aprecian en toda su magnitud la huella del arte militar desarrollado en Italia, España y Cuba entre los siglos XVI y XIX.

El sistema defensivo de Santiago de Cuba agrupó todas las edificaciones militares construidas durante el largo período colonial para proteger la ciudad y su entorno inmediato. La evolución de este hasta tomar el carácter de un sistema complejo, cubrió varias fases; la primera, consideró la defensa primaria del puerto y del núcleo urbano, de un Caribe contaminado de piratas y corsarios, abarcó desde el siglo XVI, y no sobrepasó la escala de pequeños fuertes, trincheras y puestos de observación.

La última fase del sistema se desarrolla en la segunda mitad del siglo XIX y abarcó toda la región sur oriental. Para este período la problemática interna de la Isla era muy compleja ya que el poderío colonial americano de España se había reducido considerablemente y la situación política se agudizaba más cada día. El reconocimiento de esto, hizo necesario crear un sistema capaz de aplastar cualquier intento de rebelión y rechazar toda tentativa de apoyo externo a la causa independentista.

En el siglo XVI Santiago de Cuba, capital de la Isla por entonces, la población no pasaba de 15 ó 20 vecinos, y en La Habana, en 1537, se reducirían a “doce (...) muy pobres”.³ No es de extrañar pues, que el desarrollo constructivo fuera casi nulo en la primera mitad del siglo. A pesar de la Real Cédula del 4 de mayo de 1534, por la cuál se ordenaba “que los vecinos (...) que tuviesen indios encomendados, hiciesen casas de piedras ó tierra en que viviesen y morasen”.⁴ En 1540, los procuradores se dirigen al Rey exponiéndoles algunas de las dificultades que obstaculizaban

3 “Seis cartas de Lope Hurtado repitiendo quejas y agravios. Agosto a Diciembre de 1537”, en **Colección documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas de Ultramar. Isla de Cuba**, tomo II, pág. 440, Est. Tipográfico Sucesores de Rivadeneyra, 1952.

4 “Real Cédula para los que tuvieran indios recomendados hagan casas de piedra”, 4 de mayo de 1534, en Richard Konetzke, **Colección de documentos para la formación social de Hispanoamérica (1493-1810)**, Vol. 1, pág. 160, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1952.

el cumplimiento de esta disposición. Ruegan por tanto que las casas que hasta el momento han sido edificadas en Santiago de Cuba “de madera y teja, cumplan y satisfagan el mandamiento (...) y así mismo se entienda y declare esto a las que están por hacer”⁵, es decir, que se permitan la construcción de casas de madera y tejas.

A pesar de las dificultades, en Santiago de Cuba se construyeron casas de piedra antes del 1528. Un ejemplo de ello fue la del Cabildo, que fue destruida en uno de los incendios acaecidos en dicha ciudad. Después de un incendio que destruyó prácticamente toda la ciudad, a partir de 1535, se comenzaron a hacer tejares y a coser ladrillos, para así construir casas más sólidas.

En 1538, uno de los integrantes del séquito de Hernando de Soto, el Hidalgo de Evas, relata que “la ciudad de Santiago de Cuba tendrá 80 casas grandes y bien repartidas; las más tienen paredes de tablas y están cubiertas de heno; algunas hay de piedra y cal, cubiertas de tejas; tiene grandes corrales y en ellas hay muchos árboles (...)”.⁶

En cuanto al tema de la arquitectura religiosa santiaguera, la etapa más reveladora sería el siglo XVIII, cuando un número importante de templos quedó diseminado en el recinto urbano. La influencia de lo barroco aportó detalles en fachadas e interiores; muchos de los cuales sucumbieron ante la fuerza arrolladora del neoclasicismo.

Desde la fundación del núcleo urbano se construyeron importantes edificaciones civiles: el ayuntamiento sería el iniciador, pero más tarde aparecerían comercios, teatros, mercados, la cárcel, sociedades, entre otros que consolidarían la centralidad del núcleo fundacional.

La vivienda colonial desarrolló varias formas principales de presentación al exterior, donde se destacaron los corredores y balconajes. La gama de influencias estilísticas externas que matizaron distintos momentos de su evolución, se puso de manifiesto sobre un proceso constructivo de carácter popular y sólidamente afincado en el proceso de adaptación a las condiciones morfológicas, climáticas y sísmicas.

En Santiago se observan detalles arquitectónicos peculiares, comunes algunos con el occidente

5 “Los procuradores de la ciudad y villas informan a S.M. de las necesidades: entre ellas refrenar a los indios alzados, para lo cuál y continuar la obra del baluarte, conviene prorrogar la sisa, y que se declaren esclavos los que se cogieron en los montes; llevar a la isla otros libros de derechos y esclavos pues la isla disminuye en todo cada día por la riqueza de las comarcas vecinas bajar el quinto que pagan del oro en minas; consentir la construcción de casa de tabla y teja”, en: **Colección de documentos inéditos (...), Op. Cit.**, tomo III, pág. 99-100.

6 Elvas, Fidalgo de: **Expedición de Soto a la Florida**, pág. 83, Espasa-Calpe, Buenos Aires, 1952.

de Venezuela, lo cual tuvo que ver seguramente con la gran relación comercial que había entre Santiago y Maracaibo y con la numerosa inmigración de españoles procedentes de esta ciudad cuando la colonia venezolana se independizó. De las peculiaridades santiagueras son interesantes la altura enorme de los puntales de las casas, el uso extenso de policromía en las fachadas y las pequeñas escaleritas de ingreso a las casas, paralelas a las fachadas y empotradas en el muro, llamadas pretorios. La gran cantidad de persianas de madera de las mas pequeñas, que cierran los miradores típicos de muchas casas santiagueras, está relacionada con la influencia francesa o del sur de los Estados Unidos.

La economía y dentro de ella nuestro principal producto: el azúcar, tiene un momento muy favorable en el país influenciado por acontecimientos importantes tanto a nivel nacional como internacional. Pero es, precisamente, en el siglo XVIII, en que:

“comienzan a insinuarse cambios en el proceso de gestión económica del país que están directamente relacionados con el desarrollo de la industria azucarera, a cuyo empuje Cuba libera las trabas comerciales que hasta entonces la aislaban del resto del mundo y se prepara el camino para el violento florecimiento económico que caracterizó la primera mitad del siglo XIX. Dichos cambios repercuten, en forma decisiva en la arquitectura y las ciudades”.⁷

No obstante, en la mayoría de nuestras ciudades, en los inicios del siglo XIX “la mayoría de las construcciones que se realizaban en Cuba eran relativamente sencillas, en lo fundamental, viviendas que no requerían para su fabricación de un nivel superior de formación técnica”.⁸

Muchos ejemplos serían dignos de mención por sus aportes estéticos, entre ellos la vivienda de la antigua calle de la Catedral donde nació en 1803 el poeta José María Heredia. Es este inmueble un ejemplo destacado de la arquitectura doméstica que transita del siglo XVIII al XIX.

Ante la realidad compleja de sobrevivir en una zona de riesgo sísmico, los alarifes santiagueros encontraron en la madera la esencia del comportamiento estructural de las edificaciones y el material idóneo para garantizar todo el arsenal decorativo sugerido en los primeros siglos de dominación colonial. Los arcos, balaustres y pies derechos, junto a las paredes de cuje; caracterizaron la tipología constructiva de entonces.

Desde los primeros momentos de la colonización Santiago había sido favorecida, al igual que

7 Alicia García Santana: **Contrapunteo cubano del arco y el horcón**. Pág. 18. Instituto Cubano del Libro, La Habana, 2000.

8 Lillian Llanes: **Apuntes para una historia de los constructores cubanos**, Pág. 24. Editorial Letras Cubanas, La Habana, 2000.

todas las Villas situadas en la costa meridional, lo que de pronto se interrumpió, por la supremacía alcanzada por La Habana, luego del descubrimiento de la ciudad de México y del canal de Las Bahamas, lo que transformó al puerto habanero en una escala obligada de los barcos españoles que regresaban a la Metrópoli. A partir de entonces se consolida un rápido desarrollo económico y social de la región occidental del país y en consiguiente el atraso de la región oriental, aislada de todo movimiento. Por lo que a partir de aquí se explica el predominio de lo tradicional en la ciudad de Santiago de Cuba, “(...) ciudad por excelencia del horcón, sustentador de balcones y galerías que proyectan sus construcciones hacia la calle y, más allá, hacia el infinito horizonte del mar. Es quizás la ciudad histórica más bella de Cuba, por la relación única lograda entre patrimonio geográfico y patrimonio construido”.⁹

El siglo XIX con su influjo neoclásico aportó cierta monumentalidad a los comportamientos espaciales y simplificó hasta la racionalidad evidente, los modelos funcionales y estructurales. Es en este período donde la herrería juega un destacado papel en las rejas de barandas, lucetas y ventanas, aportando además de la protección, un sello distintivo a la imagen arquitectónica como consecuencia de su elaborada y singular ornamentación.

Resulta imprescindible hacer notar que bajo el influjo de la Revolución de Haití, se produjo una inmigración franco-haitiana a la región oriental cuya consecuencia para el devenir santiaguero fue capital, tanto en el orden económico, como en el social y cultural. La producción agroindustrial cafetalera tuvo un desarrollo inusitado, y en pocos años, en las montañas orientales se fomentaron infinidad de haciendas que marcaron una nueva etapa en la economía local. Entre los ingenieros militares que se destacaron en la ciudad de Santiago y cuyos planos hoy se encuentran en el Archivo Nacional de Cuba, tenemos a Ignacio Halcón (realizó proyectos importantes, entre ellos los de la parte de la carretera central en el tramo oriental del país, en el que está incluido la ciudad de Santiago de Cuba. Esto siempre se le había atribuido a viales, pero en realidad fue realizada en tramos por diferentes Ingenieros Militares y el de la idea original fue Ignacio Halcón, también realizó planos del puerto y la bahía de Santiago, y los edificios aledaños, entre otros), Gel Grounet (entre otras cosas realizó uno de los planos para la construcción del acueducto en Santiago de Cuba con fecha 1827), Nicolás Campos (entre sus trabajos están el proyecto para la composición de la nueva cárcel de Santiago de Cuba del año 1844), José Martín (Proyectó el

9 Alicia García Santana: **Contrapunteo cubano del arco y el horcón**. Pág. 24. Instituto Cubano del Libro, La Habana, 2000.



edificio para la Aduana Marítima de Santiago de Cuba en 1866), Enrique Sagebien (planos de los talleres, cocheras y casa de máquina de Ferrocarril de Cuba a Maroto y otros relacionados con el Ferrocarril), entre otros como Benigno Blez, Melchor Silva, Juan de Dios de Zayas, Felipe Aguirre, César de Llanos y Manuel de Varona. Otros nombres han quedado en el anonimato, por la pérdida de algunos planos otros por estar en muy mal estado de conservación, y en otros casos por no aparecer la firma de los mismos en los planos. Cuestión que merecería un estudio más particularizado.

Los planos, proyectos y mapas proyectados por los Ingenieros Militares, respondían a estrategias militares de la Colonia, pero más allá de esto, constituyen un instrumento de gran valía para entender el proceso complejo de la arquitectura y el urbanismo no sólo de Santiago de Cuba, sino del Caribe en General.

Conclusiones:

Nuestra arquitectura es un fenómeno inédito, tal cual fue “Las Indias” para Colón. “Y el reconocimiento de una identidad americana no puede quedar reducido al modo en que las formas trasladadas fueron interpretadas, sino a cómo se formulan y evolucionan dentro de nosotros mismos”.¹⁰

Los ideales de modelos materiales del conquistador, se renuevan y establecen en el tiempo, dando lugar a otros nuevos. He ahí la identidad que caracteriza a cada sitio, como fenómeno dinámico en el tiempo, en el proceso intrínseco de la evolución, en diferentes circunstancias de los modelos trasladados.

Este trabajo tiene gran importancia por su aporte al conocimiento sobre la obra arquitectónica y urbana proyectada realizada o no y el papel de los Ingenieros Militares en la conformación de las ciudades, no solo desde el punto de vista militar; y permite la información sobre los paradigmas arquitectónicos y urbanos vigentes en el período acotado y el conocimiento de los conceptos y criterios originales, no transformados en el tiempo, como base de las acciones de conservación y restauración.

Espacios vacíos en el conocimiento sobre la arquitectura cubana del periodo colonial a escala nacional y, en particular, sobre ciudades y regiones del interior del país justifican los esfuerzos

¹⁰ Alicia García Santana: **Contrapunteo cubano del arco y el horcón**. Pág. 177. Instituto Cubano del Libro, La Habana, 2000.



por realizar estudios locales y regionales de los que derivarán sin dudas, aportes al conocimiento de esta importante esfera de la cultura material cubana.

En lo particular, no es preciso insistir en la significación de la arquitectura y el urbanismo en Santiago de Cuba, no solo a escala nacional sino, más allá del ámbito cubano, a nivel regional como parte de los estudios realizados en dicha dirección en el Caribe.

Bibliografía:

Archivo de Indias. Ingenieros cubanos siglos XVI, XVII y XVIII. Ediciones del Archivo Histórico Pérez Beato, Habana, MCMXLI.

Bacardí Moreau, Emilio: **Crónicas de Santiago**, Tipología Arroyo Hermanos. Calle Estrada Palma baja 13, Santiago de Cuba, 1925.

Catálogo de los Mapas, Planos, Croquis y Árboles Genealógicos existentes en el Archivo Nacional de Cuba, Tomos I, II, III, IV, V y VI, Impreso en los Talleres del Archivo Nacional de Cuba, La Habana, 1951 al 1961.

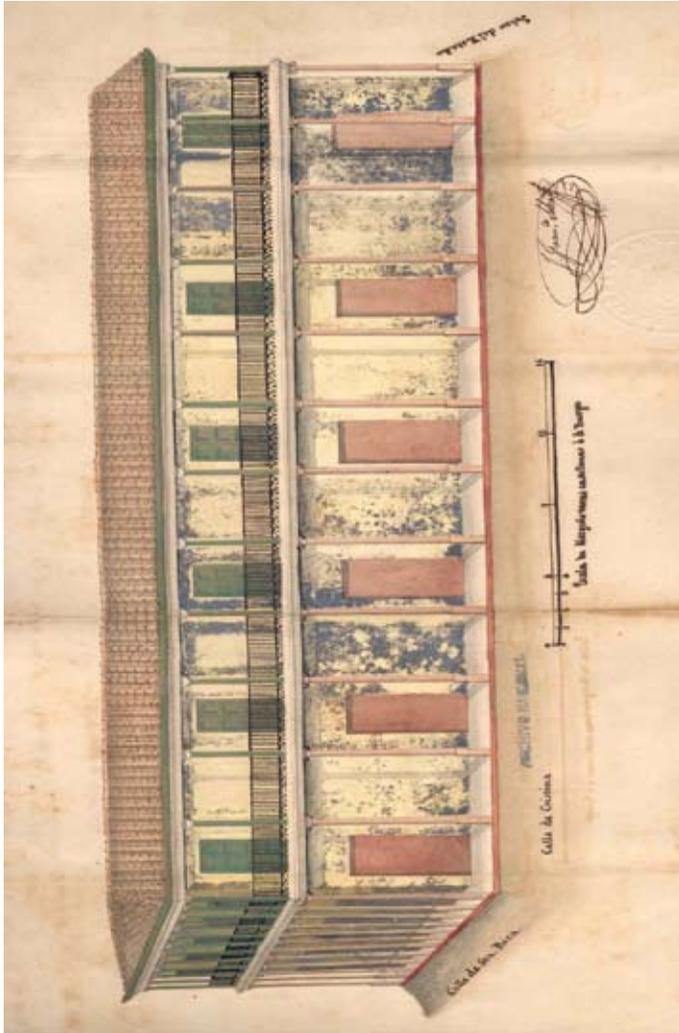
Colección documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas de Ultramar. Isla de Cuba, tomo II y III, Est. Tipográfico Sucesores de Rivadeneyra, 1952.

Colección de documentos para la formación social de Hispanoamérica (1493-1810), Vol. 1, pág. 160, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1952.

García Santana, Alicia: **Contrapunteo cubano del arco y el horcón**. Instituto Cubano del Libro, La Habana, 2000.

Llanes, Lillian: **Apuntes para una historia de los constructores cubanos**. Editorial Letras Cubanas, La Habana, 2000.

Elvas, Fidalgo de: **Expedición de Soto a la Florida**. Espasa-Calpe, Buenos Aires, 1952.



Archivo Nacional de Cuba.

Fondo: Intendencia General de Hacienda.

Legajo: 469

Número: 1

Año: 1845.

